

Mas en esta hora de prueba no decayó el ánimo de los españoles; ni como hubieran desmayado, teniendo muy inmediatos ejemplos de fortaleza en algunas de sus propias mugeres, que no se separaron de su lado en el campo ni un solo momento, y que en esta ocasion desarrollaron un heroísmo del que nos ha conservado la historia algunos recuerdos? Una de ellas, cubriéndose con la armadura de su marido, le remplazaba frecuentemente, montando la guardia en su lugar, cuando estaba cansado. Otra, poniéndose á toda prisa el escapuil de un soldado, y arrebatando una espada y una lanza, se arrojó en otra ocasion á contener la retirada de sus compatriotas, á los que hizo revolver, y condujo contra el enemigo. Cortés pretendió persuadir á estas amazonas á que se quedasen en Tlaxcala; mas ellas con arrogancia le replicaron „que el deber de las mugeres de Castilla, era no abandonar á sus maridos en el peligro, sino participar de él, muriendo á su lado si fuese necesario.” Y en efecto cumplieron con este deber (22).

En medio de tan apurada situacion, y de los multiplicados embarazos que la acompañaban, los españoles no aflojaron un punto de su intento, ni relajaron en lo mas mínimo lo riguroso del sitio. Todos los caminos que conducian á la ciudad, estaban ocupados por sus campamentos, y sus baterías, barriendo los prolongados desfiladeros, cada vez que los aztecas intentaban nueva salida, hacian caer centenares de estos. Sus bergantines dominando las lagunas, cortaban absolutamente la comunicacion con la ribera; y aunque la falta de las canoas auxiliares dejaba abierto un paso á alguna casual introduccion de víveres á la capital (23), el acopio era pequeño y mientras la poblacion amontonada se gozaba en sus pasajeros triunfos y en los que las engañosas promesas de los sacerdotes les hacian creer, la garra mortífera de un enemigo interior, mas terrible que el que se hallaba á las puertas de la ciudad, la iba hundiendo en la mas espantosa sima.

„hasta que los acabaron, y el postrero dejaron á Cristóval de Guzman, que vivo lo tuvieron diez y ocho dias, segun dijeron tres capitanes mejicanos que prendimos.” Bernál Diaz, Hist. de la Conq. cap. 153.

[22] “Que no era bien que mugeres castellanas dejasen á sus maridos, iendo á la guerra, y que donde ellos muriesen moririan ellas.”

Herrera Hist. Gen. dec. 3, lib. 1, cap. 22.—El historiador ha conservado los nombres de algunas de estas heroínas que indudablemente merecen participar de los honores de la conquista, y son: Beatriz de Palacios, María de Estrada, Juana Martin, Isabel Rodriguez y Beatriz Bernudez.

(23) Ibid. ubi supra.

CAPITULO VII.

TRIUNFO DE LOS ESPAÑOLES.—OFRECIMIENTOS INFRUCTUOSOS A GUATEMOTZIN.—EDIFICIOS DEMOLIDOS.—HAMBRE TERRIBLE.—LAS TROPAS GANAN LA PLAZA DEL MERCADO.—CATAPULTA.

1521.

Los ocho dias prescritos por el oráculo habian espirado; y el sol del dia nono alumbraba la hermosa ciudad, circunvalada por el enemigo inexorable. Sin duda fué grande indiscrecion de los sacerdotes aztecas asignar un término tan breve al cumplimiento de su prediccion: bien que no es raro que los falsos profetas incurran en tales desacuerdos, por su mismo deseo de causar una impresion profunda y sorprendente en sus secuaces (1).

Los gefes de Tescuco y de Tlascala, enviaron á informar á sus tropas no haberse verificado la profecía, y convocándolas á venir al campo cristiano. Los tlascaltecas que habian hecho alto en el camino, retrocedieron corridos de su credulidad, y mas que nunca exaltada su antigua animosidad por el artificio con que habian sido chasqueados. Su ejemplo fué seguido de muchos de los aliados, con la versatilidad propia de un pueblo, cuyas convicciones no son el resultado del raciocinio, sino de la supersticion. En breves dias el general español se encontró á la cabeza de una fuerza auxiliar, si no tan numerosa como ántes, mas adecuada ciertamente á todos su proyectos. Los recibió con benignidad y atencion; y aunque les vituperó como un gran crimen el que habian cometido de abandonar á su gefe, díjoles que queria disimularlo en consideracion á sus servicios anteriores, pues aunque ya veian que estos servicios no hacian falta á los españoles, quienes sin su ayuda habian proseguido en su ausencia el sitio, con igual vigor que cuando se hallaban presentes, no queria que, ya que habian participado en su compañía de los azares de guerra, dejasen de ser asimismo partícipes de sus triunfos, hallándose presentes á la caida de su enemigo, la cual prometia con una confianza mejor fundada que la prediccion de los sacerdotes mexicanos, que ya no tardaria largo tiempo.

Pero las amenazas é intrigas de Guatemotzin no dejaban de surtir su

[1] Y aun no son tan vituperables los sacerdotes, si es cierto, como nos lo asegura Solís, que “andaba muy solícito aquellos dias el demonio, esforzando en los oídos, lo que no podia en los corazones.” Conq. lib. 5, cap. 22.

efecto en las provincias distantes. Antes del regreso de todos los aliados, Cortés recibió una embajada de Cuernavaca, que dista diez y ocho leguas de la capital, y otra de algunas poblaciones amigas de otomís, mas lejanas, implorando su proteccion contra sus formidables vecinos que los hostilizaban, considerándolos aliados de los españoles. La situacion que estos guardaban era mucho mas propia para recibir, que para prestar socorros á otros (2). En consecuencia, muchos oficiales se oponian á que se accediese á aquella demanda, que á ser obsequiada, disminuirla notablemente sus fuerzas, ya bastante menguadas. Mas Cortés conoció cuanto le importaba sobre todo, no dar á conocer que era impotente para protegerlos. „Nuestra debilidad y nuestras necesidades, decia, cubrámoslas, haciendo ostentacion de fuerza” (3).

Destacó, pues, inmediatamente á Tapia con un cuerpo de cosa de cien hombres, en cierta direccion, y á Sandoval en otra, con alguna mas fuerza, previniendo á ambos que no retardasen por mas de diez dias en ningun evento su regreso (4). Ambos capitanes ejecutaron su comision pronta y fructuosamente. Encontraron y batieron á su respectivo contrario en batalla campal; y dejando arruinados los lugares hostiles, regresaron al tiempo prescrito. Tras ellos llegaron embajadores de los lugares conquistados, solicitando la alianza de los españoles; y terminó este asunto con un aumento de nuevos aliados, y lo que es aun mas importante, con el convencimiento de los mas antiguos confederados, de que los españoles tenian voluntad y poder para protegerlos.

La fortuna que siempre prodiga sus reveses y sus favores á manos llenas, se mostró ahora propicia á los españoles, enviándoles un buque á Veracruz, cargado de municiones de boca y de guerra, cuyo buque formaba parte de la flota destinada á la costa de la Florida, por el anciano y novelesco caballero Ponce de Leon. El cargamento fué inmediatamente tomado por las autoridades del puerto y enviado sin dilacion al campo, donde llegó á muy buen tiempo, pues la falta, especialmente de pólvora, comenzaba á sentirse (5). Con es-

(2) “Y teniamos necesidad antes de ser socorridos, que de dar socorros.” Rel. Terc. de Cortés ap. Lorenzana, pag. 272.

(3) “Dios, dijo el general, sabe el peligro en que todos estamos; pero como nos convenia mostrar mas fuerza y ánimo que nunca, y morir peleando, disimulábamos nuestra flaqueza así con los amigos, como con los enemigos.” Ibid. pag. 275.

(4) La fuerza de Tapia consistia en diez caballos y ochenta infantes; y la del alguacil mayor, como se titulaba Sandoval, en diez y ocho caballos y cien infantes. Ibid. loc. cit.—Tambien Oviedo, Hist. de las Indias MS. lib. 33, cap. 26.

(5) “Pólvora y ballestas, de que teniamos muy estrema necesidad.” (Rel. Terc. de Cortés ap. Lorenzana pag. 278). Esta fué probablemente la expedicion en que Ponce de Leon perdió la vida: expedicion dirigida á la Tierra Firme que visitó el primero en busca de la fuente de salud. La anécdota está referida con gracia por Irving, como se acordará el lector, en sus *Compañeros de Colon*.

tos refuerzos, Cortés determinó activar las operaciones, pero bajo un plan muy diverso del que antes habia seguido.

En las primeras deliberaciones acerca de esto, se propusieron como hemos visto, dos proyectos al general. El uno era atrincherarse en el centro mismo de la capital y desde allí proseguir las hostilidades. El otro fué el procedimiento que hasta aquí se habia ejecutado. Ambos estaban espuestos á serios inconvenientes, que se deseaban evitar con la adopcion de un plan nuevo. Este fué: no avanzar un solo paso sin asegurar ántes, no solo para el caso de una inmediata retirada, sino para las diversas correrias que pudieran ofrecerse en lo de adelante, la completa salvacion del ejército. Todos los fosos de las calzadas y las acequias de las calles deberian nivelarse sólidamente, de modo que no pudieran volver de nuevo á estorbarles. Los materiales para esta obra se tomarian de los edificios, que conforme fuera avanzando el ejército, debian irse demoliendo todos, sin distincion ninguna, ya fuesen públicos ó particulares, chozas, templos ó palacios, sin que uno solo de los que se hallasen en su tránsito pudiera escaparse. Todos indistintamente serian arrasados, hasta que „la agua, como decia el mismo conquistador, se convirtiera en tierra firme,” y el terreno quedase amplio y llano para las maniobras de la caballería y de la artillería (6).

No sin gran dificultad llegó á tomar Cortés esta determinacion, porque sinceramente deseaba conservar la ciudad, á la cual con el mayor entusiasmo califica de ser „la cosa mas bella del mundo” (7), y que formaria el mas glorioso trofeo de su conquista. Pero en una plaza, donde cada casa era una fortaleza, y donde cada calle estaba enteramente cortada por canales que impedian sus movimientos, la esperiencia habia probado que en vano se pensaba adelantar, ni llegar á dominarla, si no era obrando así. Poca esperanza habia de arreglar un acomodamiento de paz con los aztecas, que lejos de dividirse por los sufrimientos pasados, ni por la calamitosa perspectiva que se ofrecia á su vista, mostraban un ánimo tan altivo y tan implacable como siempre (8).

Los indios aliados supieron con ilimitada satisfaccion los designios de Cortés, á los que correspondieron, viniendo á su llamado millares de peones ar-

(6) El modo tan sencillo y calmado, como de ordinario, con que el conquistador refiere esto en sus comentarios, tiene en su misma sencillez algo de espantoso. “Acorred de tomar un medio para nuestra seguridad y para poder mas estrechar á los enemigos; y fué, que como fuésemos ganando por las calles de la ciudad, que fuesen derrocando todas las casas de ellos, del un lado y del otro, por manera que no fuésemos un paso adelante, sin lo dejar todo asolado, y lo que era agua, hacerlo tierra firme, aunque oviese toda la dilacion que se pudiese seguir.” Relac. terc. ap. Lorenzana pag. 279.

(7) “Porque era la mas hermosa cosa del mundo.” Ibid. pag. 278.

(8) “Mas ántes en el pelear y en todos sus ardidés, los hallabamos con mas ánimo que nunca.” Ibid. pag. 279.

mados con sus *coas* ó azadas del país, manifestando todos la mayor alegría por el auxilio que iban á prestar á la obra de destrucción (9). En breve tiempo las cortaduras de las calzadas fueron tan bien cubiertas, que nunca volvieron á molestarles. El mismo Cortés dió el ejemplo, cargando con sus propias manos las piedras y vigas necesarias para la obra (10). Los suburbios fueron luego arrasados, y con los escombros se nivelaron los canales, y al rededor de la ciudad se espedió un amplio terreno para las maniobras de la caballería, que libremente y sin resistencia lo recorría. No fueron indiferentes á estos preparativos los mejicanos, viendo que devastaban su ciudad y los dejaban enteramente descubiertos y sin defensa contra el enemigo, é hicieron incesantes esfuerzos para impedir los trabajos de los sitiadores; mas estos bajo el alcance de sus cañones, que sin intermision hacian fuego, adelantaban su obra de desolacion (11).

El brillo de la fortuna que recientemente habia lucido para los mexicanos, desapareció como un relámpago; y una obscura nube vino á posarse mas fatigosa que ántes, sobre la ciudad proscrita. La hambre con todo su asqueroso séquito de calamidades, avanzaba rápidamente á pasos agigantados entre la hacinada poblacion. Los acopios hechos para el sitio estaban exhaustos. La provision que casualmente conseguian, ya de víctimas humanas, ya de otro género por medio de tal cual piragua que vagaba por las riberas vecinas, era tan poco considerable, que presto se consumia (12). Algunos se violentaban á tomar por escaso sustento una sustancia mucilaginosa que recogian en cortas porciones de la superficie de la laguna, (a) y de

(9) Sin embargo, apenas es creible el aserto del historiador Tescucano, de que cien mil indios se reunieron en el campo con este fin. "Vinieron todos los labradores con sus coas para este efecto, con toda brevedad... llegaron mas de cien mil de ellos." Ixtlixochitl, ven. de los esp. pag. 42.

(10) Bernal Diaz Hist. de la conq. cap. 153.

(11) Sahagun que recojió lo que refiere de los mismos aztecas y que vió el lugar de la escena, antes de que la devastacion fuese enteramente reparada, escribió con la energia de un testigo de vista. "La guerra por agua y por tierra fué tan porfiada y tan sangrienta, que era espanto de verla, y no hay posibilidad para decir las particularidades que pasaban: eran tan espesas las saetas, y dardos, y piedras, y palos que se arrojaban los unos á los otros, que quitaban la claridad del sol: era tan grande la voceria y gritos de hombres, y mugeres y niños que voceaban y lloraban, que era cosa de grima; era tan grande la polvareda y ruido en derrocar y quemar casas, y robar lo que en ellas habia, y cautivar niños y mugeres, que parecia un juicio." Hist. de N. Esp. MS. lib. 12 cap. 38.

(12) La carne de los cristianos hubiera servido para proporciónarles su ordinario alimento, sino hubiera sido porque, segun decian los mejicanos, era estremadamente amarga: lo cual considera Bernal Diaz como un milagro obrado á propósito en esta ocasion. Ibid. cap. 153.

(a) Esta substancia son los huevos de mosquitos, que depositados sobre los tules ó espadañas de la laguna, son todavia usados como alimento y se conocen con el nombre mejicano de "Ahnautle."

las acequias (13). Otros aplacaban la furia del apetito devorando ratones, lagartijas y otros reptiles igualmente asquerosos, que aun no habian abandonado la estenuada ciudad. Sus dias estaban contados. Pero las páginas de la historia nos ministran mas de un ejemplo que muestra que el sufrimiento humano no tiene límites, cuando el ódio y la desesperacion lo sostienen.

Deseoso el gefe español de hacer un gran esfuerzo á fin de salvar la capital, sobre la cual estaba suspendida la espada, persuadió á tres nobles aztecas que habian sido hechos prisioneros en una de las últimas acciones, á que se encargasen de llevar un mensaje de su parte á Guatemotzin, á pesar de la repugnancia que mostraban, temiendo las consecuencias que pudiera traerles. Cortés enviaba á decir al emperador: „que todos habian cumplido ya como valientes, haciendo cuanto era de hacerse para la defensa de su país: que no restaba á los mejicanos esperanza ni medios de escaparse: que sus provisiones estaban exhaustas y sus comunicaciones interceptadas: que sus vasallos habian desertado sus banderas y hasta sus dioses les traicionaban: que se encontraba solo contra todas las naciones de Anáhuac coligadas: que no le quedaba, pues, mas esperanza que una pronta rendicion: que se compadeciera de sus valientes súbditos que diariamente perecian á su vista, y de la hermosa ciudad, cuyos magestuosos edificios en breve no serian mas que un monton de ruinas. „Volved, concluye, al homenaje que habeis ofrecido „una vez al soberano de Castilla. Se olvidará lo pasado. Se respetarán las „personas, las propiedades, en una palabra, todos los derechos de los aztecas. Sereis confirmado en vuestra autoridad, y vuestra ciudad, habrá sido „do protegida, aun otra vez, por la España” (14).

Al escuchar Guatemotzin proposiciones tan humillantes, sus ojos centellearon y sus oscuras mejillas se enrojearon con la súbita ira. Pero, si bien ardia en su pecho la fiereza del indio, tenia tambien las cualidades de un noble caballero, como dice uno de sus enemigos, que le conoció muy bien (15). No hizo ningun mal á los emisarios, y pasado el primer momento de calor, tomó en consideracion sosegadamente el asunto y convocó un consejo de sus sábios y guerreros para deliberar acerca de él. Algunos opinaban por aceptar las proposiciones, como que ofrecian el único camino de salvacion; pero los sacerdotes las consideraban bajo un aspecto diferente. Conocian que la ruina de su propio orden, seria la inevitable consecuencia del triunfo del cristianismo. „Buena es la paz, decian, pero no con los espa-

(13) Ibid. ubi supra.—Cuando se seca al sol este depósito de esa substancia viscosa tiene un sabor semejante al del queso, y servia de alimento en todo tiempo á las clases mas pobres, segun Clavijero. Stor. del Messico, tom. 2, pag. 222.

(14) Bernal Diaz. Ibid. cap. 154.

(15) „Mas como el Guatemuz era mancebo, y muy gentil hombre y de buena disposicion. Ibid. loc. cit.

ñoles." Recordaron á Guatemotzin la suerte de su tío Montezuma y la recompensa que obtuvo por toda su hospitalidad: la captura y prision de Cacama el cacique de Tezoco: la matanza de los nobles ejecutada por Alvarado: la insaciable codicia de los invasores, que habia despojado el pais de sus tesoros: la profanacion de sus templos: las injurias é insultos que habian acumulado contra el pueblo y contra su religion. „Mejor es, decian, confiar en las promesas de nuestros propios dioses, que por tanto tiempo han „vigilado por la nacion. Mejor es, si fuere preciso, dar la vida de una vez „por nuestra patria, que arrastrar la existencia esclavos y oprimidos entre „los pérfidos estrangeros" (16).

La elocuencia de los sacerdotes que artificiosamente habia excitado todos los resentimientos de su pueblo, hizo hervir la sangre ardiente de Cuatemotzin. „Ya que así es, esclamó de repente, pensemos solo en ocurrir á las „necesidades del pueblo. De aquí adelante ninguno que estime su vida habile de rendirse. Al fin muramos como guerreros" (17).

Dos dias aguardaron los españoles la respuesta de su embajada. Al cabo se verificó una salida general de los mejicanos, que á semejanza de un rio que hubiera reventado sus diques y se precipitase amontonando sus olas unas sobre otras, se derramaron por todas las garitas de la capital y llegaron hasta los atrincheramientos de los sitiadores, amenazando abrumarlos con su número. Afortunadamente la posición de estos sobre las calzadas aseguraba sus flancos, y la estrechez de aquellos desfiladeros daba á su pequeña batería las mismas ventajas, que si hubiera sido mas grande. El fuego de cañones y mosquetes ardia sin cesar á lo largo de todas las calzadas, vomitando enormes nubes de humo azufroso, que estendiéndose pausadamente por sobre las aguas, formaban un denso velo al derredor de la ciudad indiana y la ocultaban de la vecina comarca. Al mismo tiempo, los bergantines hacian sus descargas sobre los flancos de las columnas, las cuales despues de vanos esfuerzos para sostenerse, retrocedieron en confuso desorden, hasta que ya dentro de la ciudad, exhalaban ásperos gritos en desahogo de su furia impotente.

Cortés proseguia con firmeza el plan que se habia propuesto para la de-

(16) "Mira primero lo que nuestros dioses te han prometido: toma buen consejo sobre ello y no te fies de Malinche, ni de sus palabras, que mas vale que todos muramos en esta ciudad peleando, que no vernos en poder de quien nos harán esclavos y nos atormentarán." Ibid. ubi supra.

(17) "Y entonces el Guatemuz medio enojado les dijo: Pues así quereis que sea, guardad mucho el maiz y bastimentos que tenemos y muramos todos peleando: y desde aquí adelante ninguno sea osado á me demandar paces, si no yo le mataré; y allí todos prometieron de pelear noches y dias y morir en la defensa de su ciudad." Ibid. ubi supra.

vastacion de la ciudad. Todos los dias se posesionaban las tropas de sus respectivos cuarteles, dirigiendo probablemente Sandoval sus operaciones contra la parte del N. E. de la ciudad. Los edificios construidos de poroso telzontli, aunque bajos en lo general, eran tan macizos y estensos y las acequias tan numerosas, que sus adelantos eran forzosamente tardíos. Sin embargo, los españoles acrecentaban su fuerza cada dia mas, con multitud de auxiliares que acudian de aquellos contornos y se unian para aquella obra de destruccion con una cordial complacencia, que mostraba su impaciencia por romper el yugo detestado de los aztecas. Estos miraban con rabiosa aunque impotente ira, sus palacios y sus templos y cuanto estaban acostumbrados á venerar, inhumanamente arrasados: sus canales construidos con tanto trabajo é inteligencia (á lo menos en su opinion) colmados de escombros: en una palabra, su ciudad tan floreciente, convertida en un desierto sobre el cual caminaba ya triunfante el insolente enemigo. Sobre los indios aliados, acumulaban sus sarcasmos. „Proseguid, proseguid, les decian con amarga ironía, mientras mas destruyais mas tendreis que reedificar en lo venidero. Si triunfamos, edificareis para nosotros, y si triunfan vuestros amigos los españoles, os obligarán á que reedifiqueis para ellos" (18). Y el suceso vino á justificar la predicción.

Ciegos de rabia se arrojaron sobre las guardias destinadas á proteger á los zapadores indios; pero frecuentemente los obligaba á retroceder con sus impetuosas cargas la caballería; ó bien se encontraban con las largas picas de Chinantla que prestaron buenos servicios á los sitiadores en sus operaciones. Mas al caer la tarde, cuando los españoles retiraban del campo sus fuerzas, cuidando de llevar por delante la innumerable hueste de los aliados, los mejicanos generalmente redoblaban con mayor esfuerzo sus formidables ataques. De cada callejuela, de cada vereda brotaban, como las corrientes en una montaña, barriendo la ancha llanura que el enemigo acababa de despejar; y cayendo impetuosamente sobre sus flancos y su retaguardia. No dejaban de sufrir en estos encuentros pérdidas muy considerables, hasta que una emboscada que les preparó Cortés entre los edificios inmediatos al templo principal, les causó tan grave daño, que se vieron obligados á obrar con mas cautela en lo de adelante.

A veces, durante esta guerra, relució el carácter caballeresco en encuentros personales de los beligerantes. Hubo entre ellos varios combates singulares, particularmente entre los guerreros del pais. Estos combates generalmente eran en las azoteas, cuya superficie ancha y plana ofrecia un buen

(18) "Los de la ciudad, como veian tanto estrago, por esforzarse decian á nuestros amigos, que no fiziesen sino quemar y destruir, que ellos se las harian tornar á hacer de nuevo, porque si ellos eran vencedores, ya ellos sabian que habia de ser así, y si no, que las habian de hacer para nosotros." Rel. Terc. apud. Lorenzana, pag. 286.